

La revolución moral que necesitaba el mundo quedaba iniciada. Como religión, aventajaba el cristianismo á todas las religiones fundadas sobre el politeísmo: porque en vez de dioses cargados de flaquezas ó de vicios humanos, enseñaba á adorar un solo Dios puro y sin mancha. Como filosofía, era mas digna, mas elevada, mas sublime que cuantas habian producido las academias, porque enseñaba la fraternidad universal: como sistema de gobierno, ninguno mas aceptable, mas noble, mas liberal, que el que daba al hombre derechos que no habia gozado nunca, el que arrancaba la humanidad de la dominación de la fuerza bruta, el que proscibía la tiranía, abolía la esclavitud, y proclamaba la libertad, la igualdad, la emancipación del pensamiento; el que decía á los súbditos: *Obedeced, pero sin servidumbre*: y á los príncipes: *Gobernad, pero sin tiranía*: el que prescribía, en fin, dar al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.

Los hombres escarnecieron al que se anunció como regenerador del mundo sin espadas y sin ejércitos, al que se presentó como moralizador y civilizador, y le hicieron sellar con su propia sangre su doctrina. Todo estaba previsto, ó por mejor decir, todo estaba decretado, y el Hombre-Dios quiso dejar al mundo el ejemplo mas sublime que ha podido concebirse de abnegación, de amor y de caridad. Fué el primer mártir de su culto. El se habia presentado humilde, y los que despues de él se encargaron de propagar su legislación eran tan pobres y tan humildes como él. Hasta entonces, todos los sistemas filosóficos, todas las creencias religiosas habian nacido en los entendimientos de los sabios, de allí se trasmitían á las inteligencias de segundo órden, y poco á poco se difundían por el pueblo. Este es el órden natural de las influencias. El cristianismo, al contrario, tuvo por primeros propagadores á artesanos pobres y de ingenios rudos: de allí subió á las escuelas, se difundió entre los sabios y filósofos, y habia de remontarse hasta el trono de los Césares. O en el fondo de la doctrina, ó en el modo de su propagación tenia que haber algo de sobrenatural. Habíalo en uno y en otro.

Sublime contraste formaban las costumbres de los primitivos cristianos con las que seguían practicando los hombres de la antigua sociedad. De parte de los paganos, disolución, inmoralidad, prostitución; de parte de los seguidores de Cristo, moralidad, pureza, inocencia. Mientras los mancebos idólatras acudían anualmente al sepulcro de Diocles, donde se coronaba al mas lascivo, los cristianos proclamaban la virginidad como el estado mas perfecto del hombre. Mientras aquellos pasaban la vida en la embriaguez de los deleites, en doradas viviendas, entre aromas y perfumes, en opíparos banquetes, donde tenían que discurrir cómo excitar su apetito ya embotado, estos recomendaban y practicaban la mortificación y la abstinencia, sus comidas eran frugales y reguladas por la necesidad, no por la gula, vestían modestamente, menospreciaban el lujo y el fausto, y no mantenían esclavos ni eunucos. Mientras los idólatras repudiaban diariamente sus mujeres, exponían sus hijos en los caminos ó en las plazas públicas, y hacían de la ley del divorcio un comercio de prostitución, los cristianos predicaban la indisolubilidad del matrimonio, hacían de la fidelidad conyugal una de las primeras virtudes y una prenda segura de la felicidad doméstica, y mirando como un deber sagrado el sustento y educación de los hijos, estrechaban las relaciones de familia con lazos de amor. Mientras aquellos asistían con placer á las gemonías, ó se recreaban con los sangrientos espectáculos del circo, y se saboreaban con los sacrificios humanos, estos visitaban á los presos en los calabozos, socorrian á los necesitados en sus humildes cabañas, asistían á la cabecera de los enfermos, y consolaban en el lecho del dolor á los moribundos. De un lado habia un pueblo miserable y esclavo recogiendo las migajas de las mesas de los opulentos patricios, de otro familias que partían entre sí fraternalmente un pan de caridad.

Semejantes prácticas eran una acusación, una censura elocuente de los vicios dominantes, y los que así obraban no podían menos de ser objeto de las iras de los disipados emperadores y de los prefectos libertinos. De aquí esa lista de edictos sanguinarios, esas persecuciones, esos refinados tormentos, esos suplicios atroces, esas diez batallas generosas

que sostuvieron los cristianos desde Neron hasta Diocleciano, incluso los Antoninos, aquellos príncipes humanitarios que merecieron ser llamados las delicias de la tierra, pero que no se eximieron de ensangrentarse contra los que se negaban á quemar incienso en los altares de los dioses del imperio. No habia medio para los cristianos de librarse de la persecución. Si se congregaban á la luz del día con el fin inocente de celebrar los misterios de su culto, eran perturbadores de la pública tranquilidad. Si huyendo del hacha del verdugo se retiraban á las catacumbas á comer el pan eucarístico, eran sociedades secretas que conspiraban contra el Estado. ¿Afligía una guerra al imperio, ó le desolaba una peste? La culpa tienen los cristianos, gritaba el populacho; y el emperador decretaba: *Cristianos á las hogueras* ¿Sobrevenía una sequía, un hambre, un incendio? La culpa tienen los cristianos, decía el emperador; y el pueblo gritaba: *Cristianos á los leones*. Y los cadáveres de los cristianos palpitaban en los anfiteatros, sus entrañas desgarradas por tigres ó por leones cubrían la arena del circo, y los que no eran derretidos en las llamas, eran despedazados de lo alto de una roca, ó despedazados en ruedas de cuchillos, ó arrojados á las aguas del Tíber.

¿Y quiénes eran esas almas heroicas que tan rudas pruebas sufrían sin desaliento, y así desafiaban á los verdugos á quien se fatigara primero, y á quien faltara mas pronto, si las víctimas ó los sacrificadores? ¿Eran guerreros avezados á los peligros y familiarizados con la muerte? ¿Eran temperamentos robustos, ejercitados con la fatiga y endurecidos con el trabajo? Eran muchas veces viejos encorvados con el peso de los años; eran pontífices y sacerdotes encanecidos á la sombra del santuario; eran á las veces tiernos niños que apenas se habian desprendido del regazo maternal; eran delicadas doncellas que no habian probado otras caricias que las de sus padres, y que caminaban al suplicio como si caminaran al festín de las bodas; no por hastío de la vida como los estoicos, sino con la esperanza de otra vida mejor. ¿Quién infundía tanto aliento á gentes tan flacas? ¿Quién transformaba á los débiles en fuertes? ¿Qué secreta inspiración los conducía al heroísmo?

El pueblo lo veía, lo contemplaba y lo admiraba; los hombres no querían ser menos héroes que las mujeres, y acababan por convertirse á aquella religión que parecia tener el privilegio de vigorizar las almas. El pueblo por otra parte oía por primera vez sonar en sus oídos una doctrina filosófica que comprendía, un principio social que estaba al alcance de su inteligencia, reflexionaba sobre él, y deducía cuánto iba á mejorar su condicion en el caso de que prevaleciera. El pueblo, á quien ningún filósofo habia enseñado todavía, ni él se habia imaginado nunca que podía dejar de ser esclavo, oyó predicar una doctrina que condenaba la esclavitud en nombre de Dios (1), y se fué adhiriendo á ella, porque los mas dispuestos á creer son siempre los mas oprimidos. Los poderosos la rechazaban, porque les era violento renunciar á los gozos materiales á que estaban apegados.

Poco á poco fué penetrando la nueva doctrina en las escuelas, y se hizo objeto de exámen y de discusión entre los sabios. Compararon los filósofos á Sócrates con Jesus, y en el primero hallaron toda la grandeza de un hombre, en el segundo toda la grandeza humana y toda la grandeza divina. Cotejaron la filosofía del Evangelio con las de Aristóteles, de Platon y de Epicuro; pusieron el Dios de los cristianos al frente de todos los dioses del gentilismo, y resultó de la comparación que los sabios no solo se hicieron creyentes, sino que se convirtieron en apologistas del cristianismo: Aquella doctrina que al principio habian llamado por desprecio *stultitia, insipientia, insanía*, era lo mas sublime que habia salido de la boca de los instructores y de los legisladores de la humanidad. Los filósofos vinieron entonces en apoyo de los apóstoles, y los académicos continuaron la misión de los artesanos. Entonces

(1) «Los preceptos del cristianismo, dice Robertson, comunicaban tal dignidad á la naturaleza humana, que la arrancaron de la servidumbre deshonrosa en que se hallaba sumida.» (Discurso sobre el estado del universo á la aparición del cristianismo.) Solo Gibbon se atreve á negar que fuese debido á la religión cristiana este admirable mejoramiento de la humanidad.

salieron los elocuentes escritos apologeticos de Justino, de Tertuliano, de Clemente de Alejandría, de Cipriano, de Lactancio y de Orígenes, desafiando á toda la sabiduría pagana. *Desgarraré el velo que cubre vuestros misterios*, les decía Clemente Alejandrino, versadísimo en la filosofía de Platon: *Cántanos, Homero, tu magnífico himno*: LOS AMOROSOS HURTOS DE MARTE Y VENUS: *pero no, enmudece; no es magnífico el canto que enseña la idolatría. Vuestros dioses, crueles é implacables con los hombres, oscurecen su espíritu...*

Así se iba infiltrando el principio civilizador en las clases mas elevadas de la sociedad romana; ya los magnates, los patricios, las matronas, no se desdenaban de creer: el sentimiento religioso se habia ido propagando de las aldeas á las ciudades, de las grutas á las academias, de las chozas á los palacios: ¿cuánto tardará en subir hasta el trono imperial? Ya Alejandro Severo se habia atrevido á poner la imagen de Jesus entre las de Abraham y Apolonio. Marco Aurelio se habia hecho semi-cristiano desde el prodigio de la Legion Fulminante; y de cristiano se murmuraba al emperador Filipo. Ya no solo se extendía la nueva fe por las provincias romanas, sino que habia franqueado los límites y barreras del imperio; ya cundía por los pueblos bárbaros, y ganaba soldados donde no habia llegado el vuelo de las águilas romanas: allá se propagaba hasta por regiones y lugares en que ni siquiera se sabia que existía Roma, y que habia un senado y un hombre que se llamaba emperador.

Siendo España una de las mas importantes provincias del imperio, y teniendo tanta comunicación con la metrópoli, no pudo tardar en tener conocimiento de la doctrina que habia venido á alumbrar al mundo. Una piadosa tradición, no interrumpida por espacio de diez y ocho siglos, hace á España el honor de haber tenido por primer mensajero de la fe cristiana al apóstol Santiago el Mayor, y de haberla predicado en persona en varias regiones de la Península: cumpliéndose así la profecía de que las palabras de los apóstoles llegarían hasta los confines de la tierra. *El rayo, el hijo del trueno*, como le llamaba su maestro divino, derrama el fulgor de la fe en las comarcas de Galicia, donde siete de sus mas esclarecidos discípulos le ayudan á plantar la viña del Señor. Algunos de ellos le acompañan en su regreso á Jerusalem, á donde le llamaba la Providencia para coronar su celo. Allí recibe el martirio, y recogiendo sus discípulos el cadáver de su venerado maestro, se embarcan para Galicia, su patria, trayendo consigo el sagrado depósito. Dios permitió que el lugar en que se guardaron las cenizas del santo apóstol permaneciera ignorado, para que su prodigioso hallazgo diera, al cabo de ocho siglos, dias de regocijo á la Iglesia española y dias de gloria al pueblo cristiano (1).

Con el propio objeto de difundir la doctrina del Evangelio en esta favorecida porción del globo, España tuvo tambien la gloria de ser luego visitada por el apóstol filósofo, San Pablo, que hasta en el palacio del mismo Neron habia logrado hacerse discípulo y ganar prosélitos. El elocuente apóstol dirige su rumbo hácia las regiones de la Península á que no habia podido llegar la voz del Zebedeo, y derrama por las comarcas de Oriente el conocimiento de la doctrina civilizadora del cristianismo (2).

(1) Véanse Florez, España Sagrada, tom. III.—Morales, Cron. general.—Medina, Grandezas de España.—Masden, Esp. Roman. tom. VIII.—Niegan los extranjeros la venida del apóstol Santiago á España y su predicación en nuestra Península. ¿Podremos dejar de respetar las tradiciones solo porque las niegan los extranjeros? No nos detendremos ahora á refutar sus argumentos negativos: otros lo han hecho ya victoriosamente antes que nosotros. Solo diremos, en cuanto á las dificultades de tiempo, que desde el año 38 de nuestra era, en que suponemos la venida de Santiago, hasta el 42, en que acaeció su muerte en Jerusalem, tuvo tiempo de ejercer su apostolado en España y de volver á la Palestina.

(2) Tambien hay extranjeros, aunque no tantos, que nos quieren disputar la gloria de la venida y predicación del apóstol San Pablo. Pero de ella por fortuna tenemos clarísimos testimonios. Su intención de venir á España la manifestó él mismo bien explícitamente en la Epístola á los romanos. *Cum in Hispaniam proficisci cuperem, spero quod praeteriens videam vos*. Cap. XV, ver. 24. *Per vos proficiscar in Hispaniam*. Ibid., vers. 28. De haberlo realizado certifiican, San Juan Crisóstomo en la homilía 13 sobre la Epístola á los de Corinto, y en la X sobre la segunda

La sangre de los mártires empezó pronto á colorear este suelo en que tanto habia de prevalecer y donde tanto habia de fructificar la semilla de la fe. A pesar del influjo que en España ejercían los opulentos patricios, que atraídos de la belleza de su clima la habian hecho como una colonia de la aristocracia romana, no pasa el primer siglo sin que España vea algunos de sus hijos figurar gloriosamente en el martirologio cristiano. Eugenio de Toledo es colocado ya, desde la segunda persecución movida por Domiciano, en la nómina de los que vertieron una sangre generosa en obsequio del Crucificado. En el segundo siglo, imperando Marco Aurelio, y gobernando á Leon Tito Claudio Atico, se ofrecen Facundo y Primitivo en holocausto á la nueva fe, dejando con su valor y su constancia maravillosos á sus perseguidores. Fructuoso de Tarragona, prelado de su iglesia, presenta el modelo del héroe cristiano, y con sus dos compañeros de martirio asombra y confunde al cruel ministro del despreciable Galieno (3). Los atletas de la fe se multiplican en el tercer siglo, y las vidas de los santos, «ese gran árbol genealógico de la nobleza del cielo,» presentan ya en sus páginas un largo y auténtico catálogo de ilustres mártires españoles.

Mas cuando se vió aparecer en España huestes, legiones enteras de campeones de la fe de Cristo, fué en la horrible persecución de Diocleciano. Entonces, cuando mas arreció la tempestad, cuando Daciano, el ministro mas sanguinario y cruel que habia tenido emperador alguno, levantó por todas partes cadalsos y multiplicó los suplicios, entonces fué cuando España acreditó que vivían en su suelo los descendientes de los que en Sagunto, en Astapa, en Numancia habian sabido sacrificarse arrojándose á las llamas por defender su libertad y sus hogares, y que los despreciadores de la muerte por sostener su independencia, lo eran tambien por sostener la fe una vez abrazada, cuando se intentaba arrancarles brutalmente la una ó la otra. Hombres, mujeres y niños desafiaban entonces con intrepidez el hacha del verdugo y la cuchilla del tirano. Toledo, Alcalá, Avila, Leon, Astorga, Orense, Braga, Lisboa, Mérida, Córdoba, Sevilla, Valencia, Gerona, Lérida, Barcelona, Tarragona y otros cien pueblos y ciudades, cuentan entre sus blasones cada cual su hueste de mártires. Daciano medita sacrificar en masa la población cristiana de Zaragoza, y no pudieron contarse los mártires de Zaragoza, porque fueron *innumerales*. El poeta cristiano Prudencio la llamó *Patria sanctorum martyrum* (4). La ciudad que habia de suministrar muchedumbre de mártires á la patria, comenzó por proveer de mártires á la religión.

Mas no eran solamente mártires los que producía la naciente Iglesia española. Varones y prelados eminentes en letras producía ya tambien. Y Osio, el venerable obispo de Córdoba, el enemigo terrible del paganismo y de la herejía, lumbrera de la cristiandad y presidente futuro de casi todos los concilios de su tiempo, comenzaba á asombrar con su erudición y con su fogosa elocuencia, no solo á España, sino al mundo entero.

Ni por eso negamos que hubiera en España defecciones y flaquezas lastimosas durante las persecuciones. ¿En qué pue-

carta á Timoteo; San Jerónimo en el lib. IV sobre Isaías, y en el cap. V sobre el profeta Amós; San Teodoro en el comentario sobre la Epístola á los Filipenses, y otros muchos de los primitivos santos padres. El año que San Pablo vino á España se cree haber sido el 60 de la era vulgar, y tiénesse por cierto que vino por mar, y desembarcó en Tarragona, donde acostumbraban hacerlo los cónsules y pretores, proponiéndose predicar la palabra de Dios en la España Oriental, como en la Occidental lo habia hecho ya el apóstol Santiago. El ilustrado Sr. Cortés, dignidad de la iglesia metropolitana de Valencia, ha recogido los mejores testimonios sobre este asunto en un librito titulado: *Compendio de la vida del apóstol San Pablo*, impreso en Valencia en 1849.

(3) *Acta primorum martyrum, etc.*

(4) Prudent. in Himm. Martyr. Caesar August.—*Actas de los Mártires*.—Depping. Hist. tom. II.—Tertuliano, contemporáneo de San Ireneo, en el escrito que presentó á Escápula, presidente de Africa, refiere cómo entonces se ejercía la persecución contra los cristianos de España por el presidente que se hallaba en Leon. Pero aun es mayor el testimonio que ofrece en el libro contra los judíos, al cap. VII, donde, hablando de las regiones que habian abrazado la religión cristiana, aplica el todo á la nación española. *Mavorum multi fines: Hispaniarum omnes termini, et Galliarum diverse nationes.*

blo del mundo no habrá espíritus débiles, ni qué nación podrá blasonar de que todos sus hijos sean héroes?

Léjos estaba también de ser el cristianismo la religión dominante ni en España, ni en las demás provincias del imperio romano en la época á que alcanza nuestro exámen. Paganos eran todavía los emperadores; idolátra se mantenía el senado romano; las magistraturas civiles y militares se conservaban en manos de los seguidores del antiguo culto, y la mayoría de los pueblos adoraba todavía á los viejos ídolos, y se postaba ante los dioses de la gentilidad.

En tal estado se encontraba el mundo cuando subió al trono de los Césares Constantino. Prosigamos ahora nuestra historia.

CAPITULO V

Desde Constantino hasta Teodosio

DE 306 Á 380 DE J. C.

Constantino.—Su conversión al cristianismo.—Cambio religioso y político en el mundo romano.—Edictos imperiales en favor de los cristianos y de su culto.—Su tolerancia con los paganos.—Herejía arriana.—Concilio general de Nicea.—Osio, obispo de Córdoba.—Estado de la Iglesia de España en este tiempo.—Decretos y cánones del concilio de Illiberis.—Reformas políticas de Constantino.—Fundación de Constantinopla.—Nueva aristocracia en el imperio romano.—Duques, condes, altezas, excelencias, etc.—Leyes humanitarias de Constantino.—Opuestos y encontrados juicios con que ha sido calificado este célebre emperador.—Nuestra opinión.—Muerte de Constantino.—Reinados de sus tres hijos Constantino, Constancio y Constante.—Juliano el Apóstata.—Reacción del paganismo.—Juicio crítico de Juliano.—Otros emperadores.—Valentiniano y Valente.—Irrupción de los godos en el imperio.—Trágica muerte de Valente.—Graciano.—Elevación de Teodosio.

¡Contraste singular! En el año 275 no hubo en el espacio de ocho meses quien ocupara el trono imperial. En el 306 reinan á un tiempo seis emperadores: Constantino, Maximiano y Maxencio en Occidente; Galerio, Licinio y Maximino en Oriente; los unos con el título de Augustos, los otros con el de Césares; novedad introducida por Diocleciano. Todos irán desapareciendo para dejar solo al que estaba destinado á reformar la vetusta sociedad romana.

El viejo Maximiano, después de haber abdicado la púrpura (308), quiere recogerla nuevamente, conspira contra Constantino su yerno, pero cae prisionero en manos de este, y Constantino hace morir á un anciano que á haber podido le hubiera muerto á él (310). Galerio, el enemigo implacable de los cristianos, el instigador de Diocleciano, el autor del edicto de exterminio, el inventor de nuevos tormentos, muere de una enfermedad repugnante y vergonzosa (311), que los cristianos no dejaron de atribuir á castigo del cielo. Si no lo fué, por lo menos lo merecían sobradamente sus crímenes.

Quedaban ya cuatro emperadores. Maxencio traía escandalizado el Occidente con sus tiranías y con su liviandad desencadenada: sacrificaba á los senadores y les hacia cederle sus mujeres; dejaba á sus soldados matar, robar y violar á mansalva: jactábase de ser el único emperador verdadero, y aspiraba á derrotar á Constantino, á cuyo fin reunió un ejército de cerca de ciento ochenta mil hombres. Preparóse á su vez Constantino á marchar á Italia para purgar la tierra de aquel malvado. Seguían á Constantino solo cuarenta mil soldados. Al pasar los Alpes, meditando sobre la guerra que había emprendido, levantó los ojos al cielo, y vió una cruz resplandeciente en la cual estaba escrito con letras de fuego: *IN HOC SIGNO VINCES: con esta enseña vencerás*. Por si dudaba de la significación de aquel prodigio, explicóselo por la noche un sueño en que le fué revelado que con la cruz de los cristianos vencería á los enemigos, y que aquella debería ser la bandera de su ejército. Entonces Constantino hace poner en los estandartes la cruz con el monograma de Cristo, y el signo de la redención de los cristianos reemplaza en el *Labarum* á los atributos é imágenes de los dioses paganos. Baja Constantino los Alpes: encuéntranse los dos ejércitos en *Sava rubra*, á nueve millas de Roma. La religión antigua y la nueva se ven, en presencia la una de la otra á orillas del Tiber y á vista del

Capitolio. Los soldados de Júpiter Capitolino y los del Crucificado en Judea van á decidir cuál de los cultos ha de dominar en el mundo. La aparición de la cruz no había sido una visión engañosa. Realizóse el pronóstico de la misteriosa cifra. Las numerosas tropas de Maxencio fueron hechas pedazos: el tirano fugitivo cae del puente Milvio y perece ahogado en el Tiber, y Constantino entra triunfante en Roma con universal regocijo del senado y del pueblo (312), que le saludaron *libertador de la patria*.

Poco tiempo despues de esta victoria que resolvió la revolución que había de hacerse en el mundo, Maximino, perseguidor todavía de los cristianos, habiendo roto con Licinio, muere vencido por éste (313), quedando así ya dueños del imperio Constantino y Licinio solos. Con diversos pretextos se encienden varias guerras entre estos dos emperadores: en todas va venciendo Constantino, hasta obligar á su rival á deponer la púrpura humillado á las plantas del vencedor (323). Poco despues murió ahogado Licinio, viniendo á quedar así Constantino dueño y señor único del imperio.

Ya ocupa solo el trono del mundo el emperador amigo de los cristianos. Ya la religión de Cristo cuenta con la protección de la púrpura imperial, antes enemiga y perseguidora. El principio civilizador de la humanidad ha subido desde la cabaña de Galilea hasta el trono de los Césares: se anunció bajo Augusto, y se entronizó con Constantino. Un santo alborozo se difunde por toda la cristiandad: las persecuciones han cesado; ya pueden los sacerdotes y los fieles salir de las sombras de las catacumbas á celebrar sus ritos á la luz del día en templos erigidos y dotados por el mismo emperador: la cruz se ostenta sobre los edificios públicos, y el *labaro* ondea en los campamentos de los soldados. Los fieles se abrazan llenos de júbilo como náufragos que arriban á puerto de salvación despues de una horrible tempestad.

No había necesitado Constantino de quedar solo en el imperio para favorecer á los cristianos, á cuyo sagrado signo debía su principal triunfo. Ya había expedido edictos protectores, y el papa Melquiades había comido á su mesa. Sin embargo, Constantino no abatió de repente los ídolos, ni prohibió el culto de los dioses, tan arraigado en las costumbres, tan sostenido por los intereses, y que profesaba aun la mayoría del imperio. Antes con una política hábil y prudente, y con una templanza que no es comun en los innovadores, autorizó el culto público de la religión cristiana, pero tolerando á su lado el del paganismo. «Consiento, decía en un edicto que nos ha trasmitido Eusebio de Cesárea (1), que los que están imbuidos en los errores de la idolatría gocen del mismo reposo que los fieles. La justicia que se guardará con ellos, y la igualdad con que unos y otros serán tratados, contribuirán á atraerlos al buen camino. Que nadie inquiete á otro; que cada cual elija lo que le parezca mejor: que los que se niegan á obedeceros tengan templos consagrados á la mentira, pues quieren tenerlos; que nadie atormente á los que no participan de sus convicciones. Si alguno ha alcanzado la verdadera luz, sírvase de ella para iluminar á los demás; si no, que los deje tranquilos. Una cosa es combatir para alcanzar la corona de la inmortalidad, y otra usar de violencia para obligar á abrazar una religión.» A los que le pedían el exterminio de los gentiles respondía: «La religión quiere que se padezca por ella la muerte, no que se dé á nadie.»

En cambio mostraba su predilección hácia el nuevo culto, ya publicando edictos y leyes en favor de los cristianos, ya erigiendo y dotando templos, ya otorgando á las iglesias y sacerdotes inmunidades y privilegios que cercenaba á los magistrados civiles hasta que llegara el caso de derribar los ídolos; y si no hizo al papa Silvestre la donación de Roma y de Italia que apareció en el siglo VIII inserta en las Decretales del español Isidoro Mercator (2), no por eso dejó de dotar con espléndidas rentas las iglesias de Roma, y de decorarlas con todo el lujo y magnificencia que era capaz de desplegar

(1) Vit. Constant.

(2) Supónese en estas Decretales que el emperador había cedido al papa Silvestre y á sus sucesores la soberanía de Roma y de las provincias de Occidente. De aquí las pretensiones de los papas al señorío temporal.

el que estaba siendo señor del mundo, al propio tiempo que proscribía las fiestas escandalosas y las luchas de los gladiadores. Harto explícitamente condenaba con esto la idolatría.

Mas luego que la Iglesia se vió convertida de perseguida en dominadora, comenzó á verse trabajada mas seriamente por las herejías, que muy desde el principio habían comenzado á combatirla. Las herejías eran como las sectas filosóficas del cristianismo. Era menester que las hubiera para que la controversia y la discusión depuraran mas la verdadera doctrina. En este sentido produjeron efectos saludables; porque ejercitaron el pensamiento manteniendo siempre despierta la inteligencia, y nada mejor probaba que el cristianismo ni aborrecía la luz ni esquivaba los debates de la discusión. Celoso se mostró tambien Constantino en ayudar á los prelados ortodoxos á extirpar las que entonces se propagaban por la Iglesia de Occidente. En un concilio que hizo congregarse en Arlés fué condenada la de los donatistas. Pero la que llegó á turbar mas profundamente no solo la paz de la Iglesia sino tambien la tranquilidad del Estado, fué la famosa herejía de Arrio, que negaba la consustancialidad de naturaleza del Hijo y del Padre, llamando á Cristo la primera de las criaturas. Hacemos expresa mención de esta herejía, porque la veremos por siglos enteros ejercer una influencia poderosa, no ya solo en la parte religiosa, sino tambien en la política de los Estados.

Penetrado Constantino de lo peligroso de esta doctrina, y en vista de la rapidez con que se propagaba y del ardor sedicioso con que era sostenida, convocó un concilio general en Nicea de Bitinia, á que concurrieron trescientos diez y ocho obispos de todas las provincias del imperio: acacimiento grande en la historia de la humanidad; tratábase nada menos que de discutir libremente en la asamblea mas respetable que se había congregado jamás entre los hombres lo que estos debían creer (325). Quiso tambien asistir el mismo emperador. La herejía de Arrio, condenada ya en otros concilios particulares, es anatematizada tambien en esta solemne asamblea. En ella se compuso el símbolo de la fe, que por mas de quince siglos repiten los cristianos en toda la superficie del globo.

Extrañamos ciertamente y sentimos que muchos historiadores extranjeros, al nombrar los prelados que mas se distinguieron en este concilio por su sabiduría y su virtud, ó no hagan mérito alguno ó le hagan muy pasajeramente del ilustre y venerable español, Osio, obispo de Córdoba, á pesar de haber sido el que tuvo la honra de presidirle en nombre del papa y por órden del mismo Constantino, y de ser á quien se atribuye la redacción del símbolo de la fe. Omisión indisculpable, en que deseáramos no entrase la intención de oscurecer nuestras glorias; bien que no pueden eclipsarse fácilmente glorias que pregonó el mundo entero (1).

Otro tanto nos vemos precisados á decir de los que afirman que á principios del cuarto siglo solo había un corto y escaso número de cristianos en España, y que solo entonces comenzaron á dejarse ver obispos y pastores (2). Si tantos testimo-

(1) Con razon fué llamado Osio el padre de los obispos y el presidente de los concilios. Este virtuoso y sabio prelado fué el alma de todas las asambleas religiosas de aquel tiempo y una de las antorchas mas luminosas que ha producido la España. Su contestación á las cartas amenazantes del emperador Constancio, en la cual sostiene la separación de las potestades eclesiástica y civil, es la obra maestra de la magnanimidad episcopal. Desterrado á Sirmich á la edad de cien años, se le presentó una fórmula arriana para que la suscribiese: para ello emplearon con el venerable anciano todo género de tormentos: y es objeto de la discusión de los críticos si realmente flaqueó y llegó á suscribirlo, ó si despues de suscrita se arrepintió. San Atanasio le defiende de la calumnia de haber firmado su condenación: y la mayor parte de los autores sostienen que murió en la comunión católica.—San Hilario, San Epifanio, Sócrates, Sozomeno, Aguirre, D. Nicolás Antonio, etc.

(2) «En Espagne, ce ne fut qu'au commencement du quatrième siècle qu'on vit s'élever quelques édifices pour la célébration du nouveau culte... ce n'est qu'alors que paraissent les évêques et les pasteurs... Tous les actes de l'autenticité desquels on ne saurait douter témoignent du petit nombre de chrétiens que l'avènement de Constantin trouva en Espagne...» Charl. Romey, *Hist. d'Espagne*, Chap. X. Es mas extraño esto en un escritor ilustrado que comunmente suele hacer justicia á las cosas de España, y que á renglon seguido conviene en que el concilio español

nos auténticos no certificaran del gran número de fieles que había ya en España en el siglo III, si las actas de los mártires de aquel tiempo no estuvieran tan llenas de nombres españoles, y si no se hubieran hecho conocer ya en aquel siglo los nombres de tantos obispos, los unos como impugnadores de herejías, algunos, como Marcial y Basilides, en sentido menos favorable, acreditarlo sobradamente el concilio de Illiberis, incontestablemente anterior al de Nicea, acaso tambien al advenimiento de Constantino, y tal vez celebrado en el año mismo de 300, segun Tillemont y los monjes de San Mauro (3). Diez y nueve obispos asistieron á esta célebre asamblea religiosa, y sin que estuviera ya muy difundida por España la doctrina de la fe, ni hubieran podido congregarse tantos dignos prelados, entre ellos el eruditísimo Osio, ni se hubieran hecho aquellos célebres cánones, aquellas disposiciones disciplinarias, en que se revela la fuerza que había adquirido ya el cristianismo en España, á pesar de los obstáculos que una persecución ruda y reciente había opuesto á sus progresos (4).

Grandes novedades políticas introdujo tambien Constantino en el gobierno del imperio. Roma iba á perder en importancia política lo que estaba llamada á ganar en importancia religiosa. La que había de ser ciudad de los pontífices y centro del mundo cristiano, iba dejando de ser poco á poco ciudad de los Césares y centro del mundo idolátra. Ya Diocleciano, residiendo fuera de Roma, la había acostumbrado á pasar sin la presencia del emperador, y dividiendo el imperio entre Augustos y Césares había roto la antigua unidad. Constantino va mas adelante todavía en menoscabo de la grandeza romana. Constantino, despues de residir alternativamente en Roma, en Milan, en Treves, en Syrmium ó en Tesalónica, determina fijar su residencia en Bizancio. Desde allí podía el emperador observar con un ojo á los bárbaros de la Germania, con otro á los persas, los dos enemigos mas formidables del imperio. Desde allí podía extender sus dos brazos para recibir las riquezas de Oriente y de Occidente. Comienza, pues, á sentar allí los cimientos de una nueva capital (329). Los trabajos se emprenden y ejecutan con actividad maravillosa. Calles, plazas, palacios, pórticos, circos, termas, templos y basílicas se levantan como por encanto. Las estatuas de los héroes de Roma van á decorar los edificios públicos de la nueva ciudad, y todo el orbe es puesto en contribución para llevar allí sus mas preciosos objetos artísticos. Establece un senado particular; créanse dignidades y magistraturas; allí concurren

de Illiberis fué por lo menos anterior al de Nicea, y que asistieron á él diez y nueve prelados, casi todos de la Bética. Si tan escaso era el número de los cristianos en España al advenimiento de Constantino, si no se había hablado antes de obispos ni de pastores, ¿cómo tan de repente pudieron celebrar un concilio nada menos que diez y nueve ilustres prelados de una sola provincia?

(3) *L'Art de vérifier les dates*.

(4) Aguirre, *Collectio maxima conciliorum Hispania*.—Algunos cánones de este concilio merecen ser notados, por la idea que dan de la relación en que estaban en aquel tiempo el antiguo y el nuevo culto en España. Se prohíbe á los cristianos entrar en los templos de la idolatría, dar sus hijas en matrimonio á los gentiles, tener ídolos en sus propiedades, etc. Pero los duumvros cristianos deberán, durante el año de su magistratura, abstenerse de entrar en las iglesias, porque los deberes de su cargo los obligan á asistir al menos á alguna ceremonia pagana. Infiérese que las magistraturas municipales las ejercían paganos, si bien los cristianos iban teniendo ya ingreso en ellas. El concilio huía de romper abiertamente con las autoridades constituidas; no se oponía á que los cristianos que desempeñaban oficios de república observaran el culto gentílico á que les forzaban los deberes civiles de su cargo, pero no quería que mezclaran los dos cultos. Por el cánón LX se declaraba que no serían considerados como mártires los que fueran muertos en el acto de derribar un ídolo, porque el Evangelio no lo ordena, y los apóstoles no lo practicaban así. Conócese que los prelados del concilio querían evitar las temeridades á que un celo excesivo conducía á aquellos fogosos cristianos. Prohibíase la granjería á los obispos y sacerdotes, y se les prescribía la continencia. Dábanse otras muchas disposiciones pertenecientes á disciplina eclesiástica, y muy particularmente á la reforma de costumbres, y se establecían penas contra la usura, contra el homicidio, contra el adulterio, contra la bigamia, contra la prostitución, etc. Se prohibió pintar imágenes sagradas en las paredes de los templos; acaso porque los infieles no acusaran á los cristianos de ser tambien idolátras, ó porque en las persecuciones no estuvieran expuestas á la profanación.